

Selección de poemas
de
Elías Letelier



Abandono

Asisto al despojo del día
con su luto de marfil herido,
a la ausencia del que no volvió de la guerra,
que sin decir su nombre
quedó clavado en la monarquía del silencio.

Sin ser carpintero ni ir más lejos,
hago todo lo que pertenece al martillo:
me voy de golpe en golpe cantando
por el tajo abierto de la madera.

No tengo que cerrar los ojos
ni amanecer en la hoguera de la noche
para escuchar la navegada voz de la sal
que se ahoga en el imperio del agua.

Concurro al mundo sombrío del espejo,
al murmullo de una vasija rota,
a una figura estática que duerme
en la lengua metálica de un espejo roto;
pero, por sobre todo esos guijarros y derrumbes,
yo acudo a la ansiedad de una campana
que no puede sonar.

¿Cómo te llamas?

Incógnito, pasa el reloj golpeando su itinerario,
 en una marcha rumbo al olvido:
 se parece a tus manos que laboran,
 a tus pies circunscritos a un agujero,
 a tus ojos que no tienen derecho a soñar.

¡Yo insisto en quedarme!

Y mientras la piedra con su granulometría
 y tenaz monopolio de memoria dura,
 insonora consolida su áspero ligamento
 en el basto ejercicio del concreto;
 tú gritas y tiembla el mundo:
 interrumpes el misterio de los palacios
 y allí,
 ellos consternados cierran los ojos
 y expectoran en lo que tú podrías ser.

Para tu confesión con el lamento,
 hay un postulado de tiros al blanco:
 el estómago deshabitado de las cucharas
 puede corroer los barrotes del universo,
 estandarizar el oro y el cristal de las lámparas.

Y como el péndulo
 que lengüetea la brisa,
 para ti,
 sólo hay lo que hubo:
 un gran silencio
 y eso es todo.

El Muelle

Y en el universo,
 la curva del tiempo
 es mucho más grande que una manzana,
 se parece a una línea recta
 que el hombre no quiere entender.

Allí,
 antes que existieran
 tus ojos,
 Dios,
 la Coca - Cola
 y el teléfono,
 el universo tenía sentido:
 era una lámpara, una manzana,
 una fábrica de ladrillos;
 era un canto vertido en una copa.

Sin embargo,
 el hombre con sus pilares,
 parásito bajo el imperio del Sol,
 al no poder descifrar su origen,
 se llamó hijo de Dios,
 para creerse heredero del universo.

Sin tierra

Entre la uña del relámpago
 inmerso en el manifiesto de los campanarios
 con sus racimos de copa,
 temblor y fuego,
 el hombre,
 frágil y navegable,
 invasor e invadido;
 el ciclo límite de la vida,
 el emperador del espacio incalculable;
 la temperada materia superior del universo
 se desmorona como caen los pistilos,
 cierra los ojos
 y se va.

Ahí,
 donde la liturgia de las campanas
 con sus clítoris pendulares
 se revuelca en el aire,
 el primogénito de la arcilla
 que no requirió un alfarero de arte mayor,
 el hombre que otorgó identidad al firmamento;
 él, que es todo lo que se puede ser
 en la frágil alzada de la vida,
 vive bajo el terror de otra aurora,
 como la estancada impotencia
 de un río descuartizado
 o la arquitectura inconclusa
 de un complejo circuito.

Colombia

La lluvia es un horizonte
 que se derrama,
 otra hoja que cae
 cuando sale el sol
 o llega la noche.

No te atormentes con mis palabras.

De nuevo ascenderá al tacto
 el odio de otra teoría perfecta
 y tendremos que volver a las guerras
 que destruyen al hombre,
 en nombre de la paz.

Mi corazón,
 por ejemplo,
 un día vio a la lluvia caer
 sin reposo, sobre vastas multitudes
 olvidadas por los humanistas.

Ahora,
 nadie habla,
 mientras los rostros se esfuman
 entre los bosques petroleros
 ocupados por la codicia.

Caminando Solo

Amo la compostura ordenada del viento,
su crespa uña de enredadera llega hasta mí
y trae algunos olores de fuego al atardecer.

Rodando bajo el árbol del silicio,
entre la duda del cuarzo lechoso
y la arrogancia laureada del ópalo,
murmuro por las calles versos de Emily Dickinson,
y sin saber cómo llego a todas partes,
vuelvo perdido desde el fondo de las lilas de agua,
hecho pájaro con una rara canción.

Juego con la voluntad eólica de mi oscura infancia,
danzo en mis sangrientos territorios desbocados,
y por las calles, enrarecido en la espuma volátil,
esculpo teorías fantásticas
que insulto con una sonrisa:

No hay silencio más allá del silencio.

Día de descanso en Managua

Por las noches,
las cucarachas
bajan por las paredes
a escoltar mi sueño
y sin respetar mi rango,
se miran en el espejo
y alegres,
por todas partes pasan.

Atacan la generosidad de mis calcetines,
el dogma estético de mis pies que,
desvanecidos como osamentas,
en el suelo descansan.

Sitian la tiranía de mis botas,
humillan su linaje perverso
y entonces,
ellas me hacen doler el alma.

Atrapo un trueno con mis manos
y ellas se asustan y arrancan;
entran y salen por el cañón de mi metralleta
y entre los cargadores
hacen un cónclave:
allí se pertrechan
como si quisieran matarme.

Les tiro escupos,
golpeo la pared,
y gritando
cito al diablo
y a sus orígenes.

Se marchan
y ocultan entre mis libros,
allí quedan quietas,
y en la imaginación del mundo
depositan sus huevos,
y también
se cagan en el conocimiento.

Descubrimiento del Cobre

Y desde entonces, cuando
la arteria del pálido metal
fue abierta de par en par
sobre la extendida industria de la clorofila:
no quedó flor
sin bajar la mollera;
no quedó obrero crucificado
sin un cuchillo en el pecho;
no quedó esquina sin un niño mutilado;
no quedó espacio sin un grito de dolor.

Ojos muertos florecen,
ojos muertos vuelan
y caen sobre el duro pecho
del país diseminado.

Ya, ni los versos bastan,
ni un ojo abierto
en la monumental geografía nocturna,
para que la lágrima derramada
posponga su nivel de escultura.

No me Gustan Estos Versos

Cuando voy por las calles
de los EE.UU.
y veo a los niños,
les extiendo mis manos,
los abrazo, si puedo,
y luego,
triste me voy.

Algún día,
cuando estén más grandes
los enviarán a mi país
y allí,
a mis hijos
dejarán muertos.

Tal vez,
me disparen a mí,
mientras,
en otro lugar
lea este poema.

Ellos,
también sonrían conmigo,
y sin saber nada de invasiones
siguen jugando
y corriendo.

La estirpe desnuda de la cuchara

Veo al oro verde con su espiga de dolor,
multiplicando su fruta de pan y espuma,
y vestido de lentitud, traer silbando
hasta la estirpe desnuda de la cuchara,
pólvora, vidrio molido y un largo grito.

Muere de hambre el hombre en la cosecha,
para su configuración y su boca, no hay espacio:
para él hay un sueño escrito en las paredes
y un monumento que amenaza su libertad.

La tumba lo espera
y él sangra.

Él desfila con su confusa historia de humo,
y rastreando en los párpados de la mañana
busca en la batalla del cereal
la muchedumbre de un amanecer imperecedero.

Pero llega la noche con el cuchillo,
y enredándose con el sudor amputa la lluvia,
hasta que difuso en el pulcro paisaje,
a su flor, mortalmente derrama.

Labora el hombre
y luego
cae muerto.

La Teniente Juanita Gutiérrez

El cielo suelta su racimo, tejiendo
sobre la arena que cosecha el mar,
el silencio y ya no existes.

Nadie te vio partir,
sólo la carpintería del agua,
de golpe en golpe asistió al funeral de tus pies
y tragó, mordiendo, el océano tu esqueleto.

Bajo la imaginación carbonífera de la noche,
entre el humo de las oscuras chozas,
pláñido busca tu ausencia y se despide
el pueblo con su soliloquio
y luego se duerme.

Con tu sonoridad de muerta
agitas el reposo de todo lo inmóvil,
como el agua que pierde la dentadura en la roca
y se marcha con su ejército cantando.

La hoja

La hoja,
sin saber que está muerta,
cambia la curvatura de su periferia
y declina
con el rigor de los cristales del agua,
en el universo de cuanto nace.

En su memoria de caída,
su orfandad precipita el derrumbe de su calavera;
se torna ciego
y sume el néctar de su proceso
en el poro subterráneo
de alguna raíz maternal.

Y en su largo viaje
de muerta hecha gota,
sin darse cuenta
de su trágica progresión,
vuelve a la copa de la rama,
en un gesto de insurrección infatigable,
se multiplica
y repite su hazaña mortal.

Los Últimos Serán los Primeros

El gato se subió a la mesa,
comió el pan y lamió el mantel,
luego nos sentamos a la mesa
y nos comimos al gato.

Sobre el soldado

Y cuando llega la noche,
las estrellas lejanas
sobrecogen el horizonte
y dejan sobre la rama
el firmamento con su cuestionario.

Y en la voz de los bosques,
el alma de los muertos
oscila como las interrogaciones;
las aves se quedan como ausentes,
en la camuflada quietud de la foresta,
y queda la hoja
con su ejercicio de tamboreo sobre el aire,
encubriendo la cansada marcha de la tropa.

Y enterrados en la magnitud del ojo,
en la selva inundada
que vio uncir su torre verde,
como la hoja seca
que se desprende en la llanura,
nuestros cuerpos, por los senderos,
amparados por las tuberías de las "Aka 47",
avanzan defendiendo la permanencia de la aurora.

Sobre la marcha

Entre los rostros del bosque
está la muerte con sus transmisores portátiles,
hace gárgaras, vive saltando y reza,
sacudiendo el misterio nocturno de la noche.

Se parece a tus ojos cuando están cerrados,
a tu boca dormida que murmura,
a mi ausencia, tan junto a ti,
a un pájaro que cantó
y luego calló muerto.

Toda la selva tiene un poderío salvaje
y el hombre, profanando su estatua verde,
le agrega un ángulo lúgubre, frío y mortal.

Vi matar a un "Contra "

Aquí se despeñó otro astro,
confundido con la caspa de la selva,
hecho pulpa de sangre y lodo.

Sobre sus manos apagadas
cae el beso de la lluvia
y busca asilo en la flor que ya murió.

A él no le cantará nadie
y se dormirá con su sueño,
como la hoja podrida del bosque.

¿Quién es mi enemigo?
¿mi hermano, que el "green-go" hizo soñar
con un alfabeto destrozado?

Ya no hay respuestas.
Se fue
como el aserrador diluido en la polea
y no volverá,
nunca más.

El ejecutado

Latió el metal y luego
cayó muerto:
cedió su voluntad al ejercicio del crimen
y se marchó como el óxido,
sangrando por los andamios de la tierra.

Su grácil sombra quedó enterrada,
como un cuchillo roto
sobre una callada loma verde,
en el lozano ábaco del bosque.

Mientras el viento con su cuartel de cascadas
balancea el caminar equino de las mariposas,
alguien recoge el bulto
y eso es casi el final,
solamente, aquí,
algo queda temblando
como un raro puente roto.

Nadie mira

Levanté hasta mis sienes
los gritos alucinantes de la foresta
y amargo se ha hecho el día:
la metralleta me quema la cintura, corroe
y sin ser nada,
soy todo silencio
y dolor.

Lloré en la selva
y en la noche,
la sal acumuló su floristería,
que la flor cáctea,
de cuando en cuando en su loto enciende
y arrima sobre su polen
y muere.

Alguien quiere cantar entre sollozos,
alguien orina sobre la herida que lamió;
alguien oculta los rastros de los muertos
y todos saben que nadie mira.

Reincidí en mi ausencia,
como venido de un largo viaje anónimo,
y a mis pies vi una raíz
adquiriendo la figura de una espada.

Mi Capitán

La nube venenosa
 es perfume mi Capitán;
los coágulos en la alambrada
 son rosas mi Capitán;
y los huesos dispersos,
 tallos de flores mi Capitán,
 plantas mi Capitán.
Veo bien,
 todo mi Capitán.
¿Y lo que brilla como culatazo?
 ¡Perdón mi Capitán!
¿Es el invierno?
¿Alumbrado público?
 ¡Sí!
 Decoración mi Capitán.

Mientras estabas durmiendo a *Monique Girard*

Cuando pregunté por la noche,
alguien salió corriendo y gritó.

Tuve miedo.
No podía encontrar tus ojos:
todo estaba cubierto de hojas secas.

Grité:
¡Tráiganme la oscuridad!

Y después que la última luciérnaga
cayera ejecutada por una sandalia de plástico,
sólo vi al humo
colgando de un alambre,
mirando al vacío con estupor.

Una manzana pasó volando
y el aire clandestino, prófugo,
me acarició imitando al rocío
y cantando trajo, cauteloso,
tus ojos que dormían junto a mí.

Teoría de los zapatos

Quiero pedir permiso.
 ¡No quiero molestar a nadie!
 Olvídense de mí por un momento:
 demos paso a cosas más esenciales.

Ocurre,
 por ejemplo,
 que siempre me han impresionado los zapatos:
 son tan vanidosos como las aceitunas,
 y arrogantes como las farmacias;
 y aunque yo no estoy de acuerdo,
 a veces parecieran que ellos son
 lo único valioso que ambula por las calles.
 Tienen tanta personalidad como una mueblería;
 pasan por tantas partes,
 ignorando tantas cosas de los caminos,
 que me aterra no saber lo que piensan.

Son tan interesantes sus vidas,
 que otro día,
 cuando tenga más papel,
 apareceré en otra página
 para hablarte
 sobre la teoría de los cordones.

¡Muchas gracias!

Historia de la Noche

Fragmento I

Aciago y escorias
 tocan el cuerno del horizonte,
 aderezan el grácil relieve del atardecer
 y los quejumbrosos rastros vacíos
 de los míseros seres que duermen.

De pronto, pareciera
 que en la envergadura de este recinto,
 todo fue una terrible errata.

Apresurados códigos de hojas secas
 y extáticos cartílagos cristalinos
 que otorgan sentido al tacto,
 imitan opacas diademas que duermen
 desgranadas como un huevo roto
 sobre el emblema de las vigías;
 y así, todo un derrumbe de polen
 asigna al ocaso solemne de la vida
 un amargo altar amarillo,
 para que nadie insista,
 para que nadie sueñe.

En el torso seco de las colinas,
 los campos de guijas y sin cultivos,
 en el vientre odóntico de las minas
 y el borde ubicuo de los océanos,
 el hombre de otros utensilios
 y dialectos encumbrados a la neblina
 se desflora con el fonema de otras voces
 y tumba con su catedral de acero,
 en un vicio espiral, infinitamente,
 a la mesa dental de los combates.

Y sin saber por qué calló,
 por qué se equivocó de Edén,
 de pronto,
 él, ya no existe,
 él, ya no es.

¿Quién dijo guerra
 y mandó a otros hombres
 a danzar en las hogueras?

Sus volátiles nombres serían herrados,
 con el zumo de las siniestras banderas
 en las enroscadas estanterías del viento.

En las calles oscuras como un desafío
 y los montes llenos de cruces, lúgubres,
 en los mares y prostíbulos ocres,
 en las iglesias con el monopolio del sexo
 y en los bigotes verdes de las lagunas
 se cantarían por sus ofrendas.

¡Había que morir!

El dueño de los enjambres del diodo
 despertó al encadenado léxico del polvo y el agua,
 hasta desatar una danza de avaricia
 con las fauces de un remolino.
 En lo más esencial,
 después que los ríos musculosos
 y las desplumadas praderas fueran prohibidas,
 allí quedó la desolación, para siempre,
 con su patrimonio de cráter occiso,
 rumor de embudo y de intestino seco,
 en el lánguido pezón

de los macilentos barrios marginales.

Hacía mucho frío,
 había mucha hambre.

Nadie estaba pendiente,
 o tal vez nadie habló por miedo:
 en la intemperie ordenada del continente
 y las fibras macilentas de los cereales,
 las mujeres y los hombres caen
 sin lenguas a los escombros de la historia,
 se desmoronan de los ubios cardinales
 como el ave de los destripados bosques
 y eso es todo.

Concluyentemente,
 eso es todo.

¿Quién es libre?

Después,
 cuando el reposo cae
 sobre los inundados territorios,
 otros refinados señores amarillos,
 absolutos como un obelisco de piedra caliza,
 rodeados de serviles carceleros
 y premunidos de guantes y corbatas,
 en otros elevados lugares,
 perfectos como un altar de espuma
 celebran y registran, gramo por gramo,
 los grandes quilates de las victorias,

Y desde allí,
 desde las sanguinarias fortalezas,
 ellos pierden los ojos

en la zalagarda de las multitudes
 y en trance escuchan a los pobre cantar:
 el heroico Himno Nacional,
 el Himno de la Independencia,
 el Himno de la Conquista
 y el himno que les hizo perder la libertad
 y les dejó un hongo de azufre
 incrustado en las retinas.

¿Quién conoce el sendero americano?

Los grandes pensadores,
 ciegos de tanto cálculo,
 intoxicados de fama y odio,
 desde los pulcros escritorios
 desmenuzan el alma del cromosoma
 y duermen sobre la angustia
 del cautivo de mil alas,
 al amparo del silencio del mundo.

Entre las zarpas de las fronteras
 y las fosas de los catálogos de escombros;
 en las zanjas del óculo desorbitado
 y el crespo obitorio de las garlopas
 sobre los mesones de las carpinterías;
 las huellas digitales de las mujeres,
 los viejos y los niños enjutos
 se pierden entre las contorciones
 que despiertan en el desafío a la vida.

¿Quién sale de viaje?

La noche con su traje sin retorno
 asciende a las cunas de los tugurios,
 y en las entumidas arquitecturas de las pocilgas,

el acto de amor y muerte es una rara geodesia
 donde los desposeídos cuelgan las orejas
 y se retiran a los campos de la barbarie,
 enamorados de la metafísica.

Historia de la Noche
Fragmento VI

Y aquí,
en el esplendor escalonado de este territorio,
donde los pasos feraces del universo
congregaron el magisterio de su opulencia;
el hombre erige parapetos de ónice,
labra caballos de frisa
y transforma la belleza del paisaje
en un anfiteatro de patíbulos y desechos.
Bajo un poncho de silicio
desaparece el hombre
con su mobiliario de nervio indómito,
castigado en los balcones de una péndola inmóvil,
confundiéndose con los orígenes de la libertad.

Capitanes blindados como un erizo,
sedientos de jinetas y de oro,
haciendo sudar los enigmas manchados
de la nomenclatura del aliño,
durante siglos pasaron,
en todas las direcciones,
escupiendo al espíritu de nuestros tambores:

Entre Dios, la espada y la lanza;
entre Dios, el cepo y el torniquete;
entre Dios, la horca y el fusil;
entre Dios, el bombardeo y el destierro,
y entre Dios y las multitudes que desaparecían
con las amables teorías de los sabios humanistas;
en las riberas de los estambres,
por donde tenía que pasar la vida,

ellos legaron a nuestros poros
la afilada jurisprudencia de los cuchillos.

En la conciencia de los museos de historia
con sus modelos de ejemplos nacionales,
donde se filtra la memoria de la humanidad:
al pobre, al mísero,
al que padeció de hambre,
al que fue reventado por los guardias de la libertad,
hoy lo desvanecen
en los alambiques presidenciales,
como un ejemplo de:

¡Viva la patria, mierda!

El propietario de nuestro paisaje,
envilecido con la gula de su raro testamento,
a escondida de las multitudes celebra
la erudición de su diáfano dominio,
como el pescador hambriento,
que al final de la ruta del salmón,
en una celada lanza la red
y luego se retira cantando
a los salones de su fortaleza.

¿Porqué nos traen tanta lluvia?
¿Porqué cae sobre nosotros
la quijada del azufre?

Ellos salen a buscarnos
a los intestinos de la tierra:
entran a manosear el nido de los pájaros
y sacuden las sombras de los muertos
para saber donde están nuestros pies,
para hacernos esclavos en nombre de la patria,

de Dios y otros criminales menores.

Me trajeron desde la magia de la selva
y la agitación de las hojas
con su inalterables manufacturas de farmacias
no fueron testigos:
las ramas en los bosques
no escuchan los reflejos que caen
dilatados por la pólvora
o el malvado puñal.

¡Allí, no hay nada!
¡Siempre está,
todo vacío!

Los mismos que engordan
los intestinos áridos del dólar
con las fibras de nuestras famélicas cucharas,
hoy nos quitan las escaleras de la proteína,
niegan el fuego de nuestras danzas
y juegan al fútbol con nuestra emancipación.

¿Qué cambió?
¿Quiénes son
los nuevos conquistadores?

Hasta aquí me trajeron desnudo
para que no insista en mis sueños
y no perturbe el saqueo
al aroma ancestral de nuestras begonias,
y como el ave que canta,
muera de desolación
y para siempre.

Pero la doctrina del viento

continúa rodando en los intestinos de la materia,
muy sujeta al ejercicio caótico de su proeza,
como los genotipos del bejín
que despliega las vigas
de los negros domos musculares
en las fisuras parietales de una celda
y es.

En el balancín de este cautiverio
sigo de poro en poro
la eólica cabalgata del viento,
hasta perderme en las fértiles galerías
de los impertérritos volcanes andinos.

Salgo de viaje:
libre, donde nadie me toca;
libre, para danzar con el agua.
Libre.

Historia de la Noche

Fragmento X

Historia del vacío,
de una mueblería rota,
de un diminuto espejo
en un cuarto oscuro,
de un vértigo balanceándose
en el tacto de una espina,
arrastra la orgía de la campana
desde su pedestal de estatua
sobre los pilares de un columpio.

En los ojivales templos verdes
y aneles mojados de la selva,
la campana izó por la lengua de las madre selvas
la furia de un altar suspendido sobre un arquitrabe:
encumbró hasta la punta de una estaca
las libertades que había en el continente,
y con cabezas de indios decapitados,
apuntando hacia las extensiones mezquinas del cielo,
alumbró la magnitud del nuevo orbe.

La furia nupcial de la campana
y su lacónico tilde amarillo
montó la huella vertiginosa de los ríos,
y por los peldaños del misterio de la llovizna,
rauda subió hasta la costura de los capiteles andinos
arrastrando su industriosa vicaría de sables,
y entre la disonante liturgia de aquellos que caían
apresurados por el miedo o el chantaje
se transformó en la bacteria cardinal de la teología.

Sobre la asaltada copa de América,
la robusta lengua de la campana,

de zumbo en zumbo
fermentó con su azote.

En la gravedad de la gota
que retorna drogada por el aerotropismo
a los suspendidos arrecifes del cielo,
la campana subió como un cántaro nevado
hasta los extremos de los ponchos polares,
y desde las ventiscas glaciares de Chile majestuoso
al gran norte canadiense de boreales cenizas,
la corpulenta sonaja quedó de guardia
en el corazón de un copo de nieve,
hecha un retén de advertencias infernales.
La muerte, entonces,
fue el primer campanario
que anunció la llegada del cristianismo,
y por los andamiajes de América,
con rezos y espadas
la habían subido.

¿Y qué hizo con el hombre?

Caín de flechas quebradas,
mendigo en el domo de la vida,
calvario de pólvora y arcilla
que matando caía muerto
en los intentos de levantar
otro inmenso campanario.

¿Y qué hizo con el hombre?

Sobre peldaños de indios muertos,
sobre estertores de almas vacías,
de bulto en bulto subía la campana
con su sexo de horca metálica,

y mientras más alta su sanguinaria corporación,
 más grande se hacía la uña púrpura
 de los asexuados herederos del santo reino.

Fue de bronce,
 de hierro híbrido,
 de mandíbulas famélicas,
 de navajas filudas
 que ya habían pasado
 por otros dormidos territorios,
 pero, sobre todas las cosas,
 su alcurnia no era pura.

En las hieráticas superficies de la tierra,
 donde el indio del *mondus novus*,
 después del rito de la colecta,
 compartía el néctar del grano
 y el ónice amarillo de sus tubérculos,
 la campana con su clítoris y piernas de campana,
 como un molino con sed de oro y sangre
 embistió las rucas desnudas del continente.

En una orgía de sonidos dilutos
 en las cuerdas vocales de los campesinos muertos
 orquestó una ardiente eucaristía de pillaje
 y espiral saqueo sin fin.

El terrorismo de la campana
 es el primer vocabulario de un púlpito
 que engrasó con la desolación,
 es un semáforo que ejerció de diestra a siniestra
 el privilegio de un parlamento de servidumbre.

*!Oh benedictus
 argumentum baculinum;*

Después de las orgías de dioses y calendarios
 fundidos en los dientes de las nuevas hogueras,
 la campana estableció un rígido monopolio
 sobre el volcánico temperamento del sexo,
 imponiendo a los estatutos de los bosques
 un nuevo orden de libertad.
 ¿Y qué pasó
 con el sabio de América?

Allí quedó
 sin memoria,
 sin lengua y sin dioses,
 con su ofrenda, sangrado
 en el intestino meticuloso de una zanja,
 donde, en otro arrebató, fueron instaladas
 monumentales abadías de mármol,
 malaquita celestial y otras piedras del paraíso,
 para poder contar los quintales de oro
 y levantar más campanarios
 que salven
 a las almas perdidas.

Historia de la Noche***Fragmento XXII***

Por estas opulentas esquinas de musgos
 pasaron gentiles hombres sabios
 que tenían un diamante en la muela del juicio,
 y que bendecían con sus lágrimas
 el diáfano testamento del horizonte:
 temerosos estrategas sin zapatos;
 erguidos maestros de la muerte;
 esclavos sin amo y sin reinos;
 excelsos guardianes con arpas,
 que cuidaron el útero de la semilla
 y nutrieron, sin cansancio
 a los que caían de bruces.

Todos ellos,
 eruditos en la guillotina y analfabetos;
 hambrientos panaderos sin títulos:
 señores y bandidos con aros de cobre,
 sostuvieron la primavera del amanecer
 con la lengua insípida del cuchillo.

Majestuosa alcornia mineral;
 erudita villanía del alimento;
 garante sublime de la supremacía del hombre;
 errónea ecuación de sueños sin oídos;
 estático paladar de la geología;
 folio de escarcha metálica.

En su temor,
 rezó el hombre
 y luego
 trajo en la grupa de una daga
 el espíritu maligno de un Dios.

Desde la bondad del grano
 a la antigua parsimonia del elefante
 caerían de rodillas
 a las grandes cocinerías de los músculos,
 para extender los poderíos del nuevo dominio.

Después de la magistratura de la navaja,
 alguien siguió rezando
 porque anhelaba un aserradero
 y otros, que trascendieron la tecnología,
 otorgaron un carácter abstracto
 a la desdentada mandíbula del cuchillo.

La pulcra lámina mineral,
 avalista del párpado del odio,
 escaló los dormidos abismos de la tierra
 para ejercer a la sombra del hueso roto
 la bruma ministerial de la tala
 sobre los ásperos dedos del siervo,
 quien, sin comprender su hazaña,
 había cambiado de oficio.

Aquellos que la tuvieron
 y acariciaron como a un venado,
 también cayeron
 cortados en la codicia.

Y cuando todo el vecindario
 se licenció con el filo de la hoja,
 los más sabios instalaron:
 cuchillos en las murallas,
 cuchillos en el cielo,
 cuchillo en el viento,
 cuchillos en el pan,

cuchillos en los testículos,
 cuchillos en el útero de las mujeres
 que parían niños sin orejas,
 con las uñas afiladas hasta el arrecife de la lúnula,
 y una Biblia de enlaces peptídicos
 sobre el arte de las carnicerías.
 Así,
 llegó el gabinete de la navaja
 a nuestra afilada conciencia.

Fragmento XXIV

La verdad confunde
 el trágico viaje de las cucharas.

En la doctrina del alambique,
 la razón fue un tiralíneas
 que montó al diagrama de un insectario,
 todo cuanto fue el hombre,
 y en esa orgía abismal del conocimiento
 nacieron los sabios con sus columpios y modelos,
 estableciendo en la mesa de los pobres
 la ruta de sangrientos señoríos.

¡Qué grande es la verdad!

El bandido de más labia,
 dueño de los arsenales;
 el que escupe a otros seres en el rostro
 y llora en las actuaciones del Ballet Nacional,
 se transformó en el custodio de la filosofía.

Algunos técnicos en teorías,
 dicen que fue elegido,
 y otros,

entre las sombras, trémulos,
 afirman que,
 en una conspiración furtiva,
 de pronto apareció en el pedestal.

¡La verdad
 es indiscutible!

Y a la penumbra de estos lúcidos poderes,
 otros hombres, aferrados a una palanca
 tiraron en todas las direcciones
 y sangraron de dolores al alma y murieron;
 eyacularon sonámbulos en medio de la fatiga;
 tuvieron la razón y se cortaron la nariz;
 perdieron a la mujer, los ojos y la lengua;
 los más aventurados,
 bajo el título de las grandes ideas
 establecieron una ecuación de deslindes,
 y envueltos de gloria y bendiciones,
 con los arpones de abstractas palabras sin sentido
 metieron al centro de un círculo a la humanidad.

¡La verdad
 dejó de existir!

La uva, con su delirio de diadema,
 descubrió en el mojado combate de un chubasco
 el misterio de las respuestas
 y colgada de la ausencia
 encerró su laguna en un agujero
 y aisló con su océano,
 sin pestañear ni desaparecer.

Por elevados principios
 se levantan códigos

en la garganta de la fe.

Aquí,
el vencido no tiene verdad,
sus hechos son inconclusos
como los rastros de los desaparecidos.

La verdad de estos,
era una mentira.

Aquellos que no hicieron preguntas
y nada sabían, cuando,
bajo las lenguas del cielo estrellado
inventaron la levadura;
de acuerdo a la orden del día
cayeron muertos y fermentaron
por compartir el pan,
errados.

¡Todos los imperios son oscuros!

Por la vida, morirás;
por la vida, te vamos a matar;
por la vida, juntos sacudiremos al mundo
y por la vida, la verdad con sus normas
desmenuza la imaginación
como a un gato muerto en la autorruta.

¡No hay opción!

El estado es una flor colectiva
que elimina los sueños del individuo.

Aprendí el idioma de las luminarias
y encerrado en un espíritu sin luz,

estoy al centro de un círculo,
despreocupado de los armarios
con sus oblicuas respuestas.

No hay verdad para nosotros
y definitivamente,
yo estoy equivocado.

Historia de la Noche

Fragmento XXXVI

La partitura de una lágrima
delinea las fracturas de un faro
y confunde el embarcadero de mis sueños.

Algo está muriendo aquí.

He recorrido mundos difusos,
habitaciones cerradas por el tiempo;
en un vahído, he sido juez de la nostalgia,
pero sobre todas las cosas,
algo ha muerto
en los aposentos de mi capitolio.

La guardia se llevó al último pájaro,
sin lengua y sin alas.
Se lo llevaron para siempre
y nunca volverá.

¡Gritó y gritó!

Todavía,
lo veo pasar frente a mí
y sus gritos se resbalan en las paredes
como aceite y alambres enroscados
en una misma resina de desesperación.

¡No hay nadie más!

Ahora,
definitivamente,
no hay nada.

El Calendario Prohibido

Canto Final

Soy hijo del desierto imperturbable
y de los glaciares tempestuosos del sur,
donde el océano con su copa es infinito
y la afilada parcialidad de mis versos,
en las noches sin estrellas,
sube al tacto de las paredes industriales,
como un crimen terrible,
para hablar sobre otro olvido
y otra paz mezquina.

Yo soy de la América magistral,
donde alguien se hace lámpara y desaparece
y la oscuridad baja a las chozas y cubre
los enroscados bultos de los seres que duermen,
hasta que el olvido enciende otras luces,
en un implacable rito de libertad circular.

En la palma de este paisaje,
en mi patria prisionera de sus soldados,
donde me odian por decreto;
desnudos acueductos, suspendidos
sobre la dormida piedra glacial,
todavía cubierta de cenizas,
cabalgan con el origen de la vida;
no perturban el impávido ojo del hombre
ni la extraña risa del niño esclavo,
que retorna al círculo de la muerte
para besar los sumergidos caudales.

¡Del amor al amor!
Yo insisto en sus manos y nuestros besos
prohibidos por otros odios.

Fue posible tallar las praderas del espacio,
 describir el color de tus ojos dormidos,
 y en esa múltiple concavidad de abismo,
 dejar para siempre el tacto de nuestras vidas:
 Mujeres redondas como una usina succulenta
 y hombres sin oficio, cubiertos de desamparo,
 sonrían a la redonda caricia del viento
 y se pasman de las alturas de la biología.

Alguien grita
 en el Congreso Nacional de Chile
 y dice que miento.

La lluvia con su armamento mojado, cae
 sobre los estantes de las ciudades que duermen,
 cae sobre el corazón de seres desnudos,
 despeña sobre el nervio cansado que se dilata y,
 entre los escombros de estas altitudes urbanas,
 niños caminan bajo el temor del hombre,
 que por las noches limpia las ciudades:
 los mata.

¡Miro lo que ha quedado,
 lo que dejan,
 lo que abandonan!

Grandes sabios con sus matemáticas esferas
 tiemblan ante las lágrimas de un antiguo pensador
 mientras el marfil con su óxido de ámbar se deshoja,
 y el otoño con su navegado armamento de vacío,
 por las sombras trepa a los pechos de América,
 al ojo que nunca vio mas allá del muro, y muere
 soñando que algún día despertarán los sabios
 que no son capaces de descifrar la esclavitud.

En mi destierro de aire y de memoria,
 me asilo en los depósitos de la distancia
 de una gran silueta del atardecer.
 Yo me encadeno a multitud de pasos
 vedados por señores cubiertos de títulos,
 que cantan extrañas canciones
 y en nombre de todo lo prohibido,
 inconsolables, hablan de la paz.

¡Matando,
 ellos construyen vastos imperios
 perfectos!

De pronto, ya no existes.
 Nadie te ve, pero aquí estás:
 la sonoridad de los bosques
 con sus párpados y jambas de hojas
 canta sobre la nunciatura de la clorofila
 con su aceitado engranaje verde,
 y el hambre de los pobres continúa con su acento,
 alimentando de imágenes solemnes
 el discurso de los grandes humanistas.

¡El poeta es una lámpara
 o un ojo encendido!

Mueren los ríos con sus redondos anaqueles
 y la memoria de caudalosas naciones
 prohibidas desde el origen y lentas
 desaparecen consumidas por la codicia,
 asfixiadas por los tendones de la tecnología
 de los extendidos circuitos fluviales.

¡En las palmas de una oscura copa

se estancan los arrecifes de la vida!

Dentro de un cuarto sin luz
puede habitar una flor opaca
con toda su catedral de verticilos nupciales.
Ahora, no te atormentes más, pensando
en la libertad que allí te quitan:
al mirar a otros ojos prohibidos,
serás una danza en la multitud.

¡Ellos son
así!

Biografía

Elías Letelier-Ruz, poeta de Santiago cuenta con una obra poética publicada en diferentes idiomas y por prestigiosas casas editoriales. Salió de Chile el 1981 y desempeñó funciones como Director del diario El Siglo (ver. inglés); Comisionado de derechos Humanos de las Universidades Marítimas del Canadá; corresponsal de diferentes medios de prensa; ex-editor del Consejo Nacional de Cultura de Nicaragua, Oficial Teniente Primero del Ejercito Popular Sandinista de Nicaragua y miembro de la guerrilla guatemalteca. Ha residido en Suecia, Francia, Alemania, Nicaragua, Guatemala. Estudió lingüística antropológica, psicología, inglés, francés, alemán, electrónica, robótica, computación, como también literatura para una maestría inconclusa. Ha publicado sin número de ensayos y artículos sobre el arte, literatura y las luchas sociales.

Del mismo autor

Mural. Ottawa: Poetas.com, 2002
Poemas Escogidos. Ottawa: Poetas.com – CdPoesía. 2002.
Histoire de la Nuit. Montréal: l'Hexagone. 1999.
Silence. Montréal: l'Hexagone. 1997 (francés).
Silence. Dorion: The Muses Co. 1992 (inglés).
Symphony. Montréal: The Muses Co. 1988.
Canciones del Gato. Santiago: Horizonte. 1976.